

¿QUE PASA EN GRANADA?

SEMANAS atrás publicamos en TRIUNFO un comentario sobre el Prado sevillano y la posibilidad de que fuera destinado a centro comercial. Más allá de los aspectos puramente jurídicos, de los trámites cumplidos o incumplidos, de los derechos y razones de la economía del Ayuntamiento, la opinión general, alertada por la Comisión de Cultura del Colegio de Arquitectos, se movía en torno a una idea dominante: la necesidad de evitar que se convirtiera en patrimonio privado lo que venía siendo disfrutado públicamente. Posición que, a mi modo de ver, articula dos argumentaciones muy precisas: el deseo de socialización de las fuentes del bienestar y la evidencia de tantos paisajes y ciudades machacados por la especulación y el negocio.

Ahora, en Granada, ha vuelto a estallar un caso que guarda muchas afinidades con el citado. Se centra en el Carmen de los Mártires, incluido desde septiembre del 43 entre los monumentos histórico-artísticos de España. (Ver TRIUNFO, núm. 597.)

La historia es bastante sencilla. Situado en un lugar hermosísimo, cercano a la Alhambra, fue patrimonio particular hasta que hace unos años su propietaria, una religiosa, lo vendió al Ayuntamiento por una cifra que muchos califican de simbólica. Se trataba, en definitiva, de entregarle a la ciudad un paraje capital de su paisaje, convirtiendo el bosque privado en parque público. Así se hizo y así fue públicamente celebrado en Granada, aun cuando no dejara de hablarse de la posibilidad de construir un hotel en la parte alta o Secanillo del Carmen.

Del 55 era una alarmada encuesta entre los que pudiéramos llamar «granadinos ilustres» del momento, cuya conclusión no había podido ser más terminante: «Los Mártires —escribía "Ideal", el periódico que organizó la encuesta—, la famosa finca de tan destacadas bellezas naturales y panorámicas, debe ser de Granada. Su destino es incorporarse definitivamente al tesoro artístico, con el arte de su preciosa jardinería y la gracia clásica de sus fuentes, de nuestra ciudad... Todas las personas consultadas han coincidido unánimemente con nuestro propio criterio: los Mártires han de pasar al patrimonio común de Granada».

Han corrido veinte años desde entonces. En ese plazo Granada vio cumplida su esperanza de convertir los Mártires en un lugar público. Hasta que —realizados los trámites en medio de la

general pasividad— volvió a hablarse del hotel en términos peyorativos. Se cerró la puerta principal del Carmen y se anunció que el hotel ya no se construiría en el Secanillo, sino en la parte central y más frondosa de los Mártires...

Fue exactamente en ese momento cuando surgió la polémica. A favor del hotel se alinearon los siguientes argumentos:

1. Que el hotel sería mucho menos visible en la hondonada del Carmen que en la parte alta. Es decir, que el cambio de emplazamiento haría menos ostensible la ruptura del paisaje.

2. Que se habían reducido los volúmenes y previsto la menor destrucción posible de arbolado.

3. Que los anhelados parques y arboledas estaban tan descuidados que siempre saldría ganando Granada con la construcción de un hotel que asegurase su conservación y desarrollo.

4. Que el hotel comportaría un elevado número de puestos de trabajo, cosa siempre deseable en una realidad emigratoria como la de Granada.

5. Que la categoría del hotel atraería a visitantes de categoría, mucho más interesantes que los cotidianos turistas «de alpargata».

6. Que la construcción del hotel no impediría a los granadinos visitar el parque —o parte de él—, levantándose incluso una cafetería donde poder tomar deliciosos bocadillos. Otros hablaban también de un auditorio, al que, naturalmente, se pondría el nombre de Manuel de Falla.

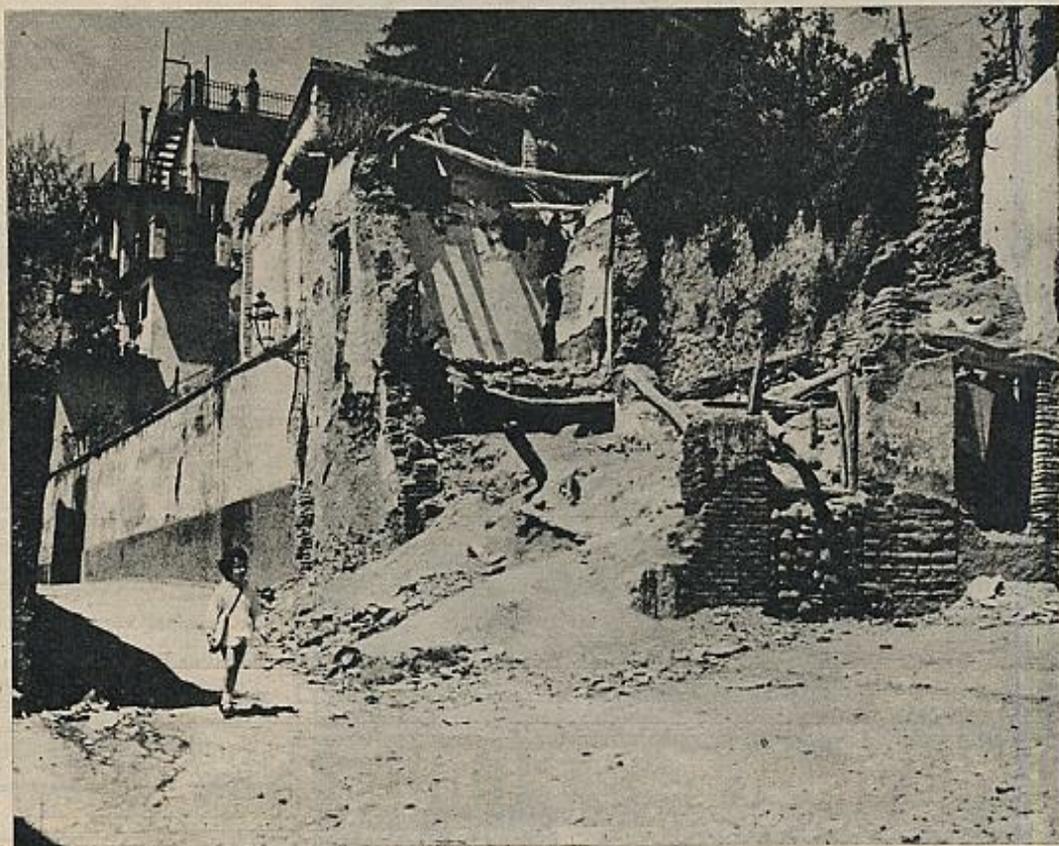
Frente a estos argumentos, sostenidos en encuestas y en amplios reportajes publicitarios, con el espacio pagado a los periódicos, se articulaba una opinión que exigía la conservación del Carmen de los Mártires como patrimonio público y que veía en su actual semiabandono por parte del municipio un motivo de acusación antes que un pretexto hotelero. Eso sin entrar en el desatino de esa idílica imagen del pueblo granadino disfrutando apaciblemente de los parques del hotel y de la flamante y módica cafetería. Como si el Ayuntamiento no pudiera construir y arrendar esa cafetería.

El tema es importante por muchas razones. En sí mismo, como un nuevo capítulo de las desdichas urbanísticas de Granada y, a nivel nacional, como respuesta a una política especulativa que ha ido haciendo de las ciudades colmenas asfixiantes. A menudo tales desafueros fueron aceptados sin resistencia. Pero Granada es un caso especial y más de uno parece dispuesto a defenderla.

Prohibido el paso

Me llevan a Torres Bermejas. Las contemplo, sin ningún impedimento, por uno de sus lados. Cuando intento pasar al otro me sale una especie de vigilante. Me dice llanamente que no puedo pasar, que todo aquel ir y venir de jardineros y albañiles que arañan los mismos muros de las Torres lo paga un señor particular. Una hermosa casa, de nada discretos volúmenes, acaba, en efecto, de construirse a escasa distancia del viejo monumento. El vigilante incluso me pide perdón por las severas instrucciones que le han transmitido. Fotos y postales, al otro lado; turistas y

Un lugar del Albalcín.



granadinos, al otro lado. A éste, el propietario y sus amigos...

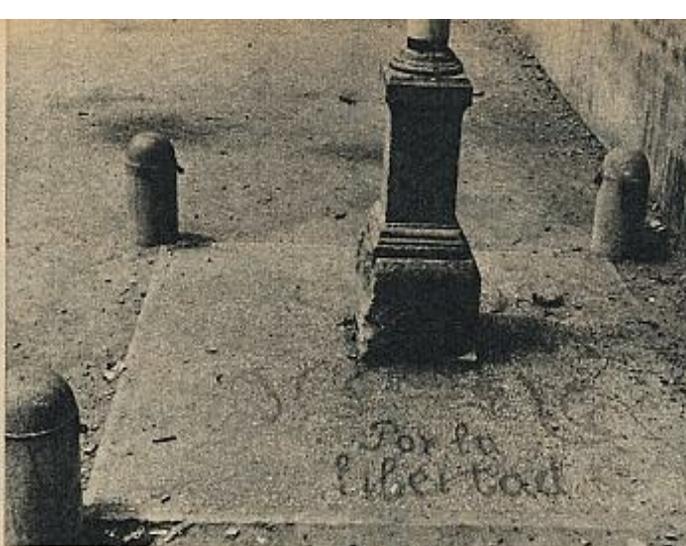
Otros amigos me han conducido al Carmen de los Mártires. Aquí la cosa es más grave, porque el parque —jese parque que los Fernández Almagro, Gallego Burín, Sánchez Agesta, etcétera, querían que fuera y fue, al fin, para Granada!— no sólo está cerrado, sino que la mujer nos despacha con cajas destempladas. En la puerta, ciertamente, se indica: «Prohibido el paso. Obras municipales». Pero el tono agresivo con que se nos trata no corresponde al que hemos empleado solicitando permiso...

Sobre esta prohibición de acceso a los Mártires ha ocurrido, por cierto, una cosa bastante trágica. Resulta que el señor Fernández de Bobadilla —una de las cabezas de la «oposición» al hotel— denunció públicamente que la puerta principal del Carmen había sido cerrada. Un teniente de alcalde respondió inmediatamente por Radio Granada que eso era totalmente falso. El señor Fernández de Bobadilla lo oyó y subió de nuevo al Carmen, esta vez con un notario, cuya acta ha sido parcialmente publicada en la prensa de Granada. Copio uno de sus fragmentos:

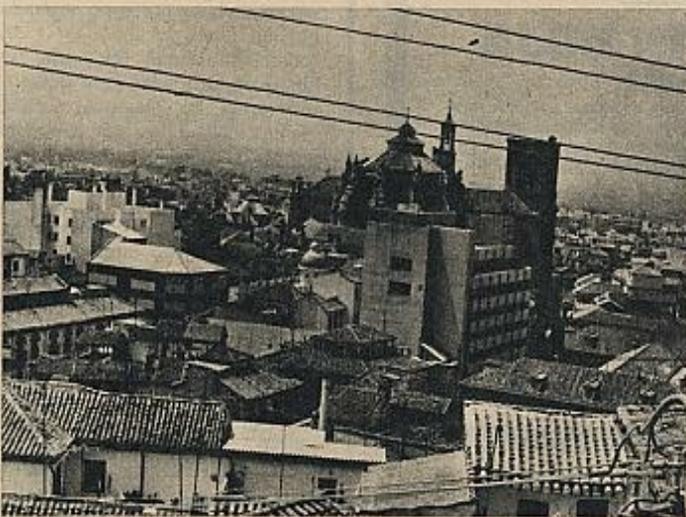
«A las once horas y cuarenta minutos del día 26 de abril de 1974 me persono en el Carmen de los Mártires y en su entrada principal no aparece el cartel a que se refiere el requerimiento (se refiere al de "Prohibido el paso"). A continuación entro en el Carmen y pregunto por su portero, cuyo nombre es don Miguel Jiménez Callejón, a quien le leo la presente acta y manifiesta: a) La colocación del cartel a que se hace referencia en el requerimiento fue realizada por orden del Ayuntamiento, según le comunicaron personas que vinieron al Carmen, cuyo nombre no recuerda. b) No puede precisar el tiempo que ha estado colocado el cartel, pero dice que ha estado colocado varios días. Que el cartel ha sido retirado esta mañana de la fachada principal, aproximadamente a las once, y que lo ha retirado personalmente por orden del Ayuntamiento. d) Que es cierto que se han levantado muros que impiden el acceso a la parte superior del Carmen...».

El notario refiere luego los lugares en que se han levantado tales muros, aludiendo de pasada a una placa que conmemora la estancia en el Carmen de José Zorrilla cuando en junio de 1889 fue coronado «poeta nacional».

Lo lógico hubiera sido que al publicarse el resultado del requerimiento el corrido teniente alcalde demandase al notario, requirente y portero del Carmen,



El monumento recuerda el lugar donde fue ajusticiada Mariana Pineda. El abandono y suciedad son notables.



Tapando la catedral, el edificio del Banco de Granada. Desarmonía de tejados y volúmenes, construcciones que han roto el equilibrio urbano de la vieja ciudad.



Un escándalo reciente: la tala de árboles de la avenida Calvo Sotelo.

como fabuladores de la injuria, o se hubiera marchado de la ciudad. Nada de eso, sin embargo, ha sucedido. Como si existiera el tácito convencimiento de que es imposible llegar hasta el fondo, de que tras la «historia aparente» hay «otra historia».

Por mi parte, sufrí las dos prohibiciones de acceso a los Mártires y «al otro lado» de Torres Bermejas. Influida por el medio ambiente, me pregunté en

seguida si habría alguna relación entre ambas prohibiciones. De quién sería el proyecto de la casa recién construida o si su propietario tendría algo que ver con la empresa alemana que quiere construir el hotel en los Mártires... Incluso me acordé de la religiosa a la que un día se le agradeció y compensó públicamente por la generosa venta de los Mártires al Municipio...

Transcribo todas estas automá-

ticas interrogaciones para que el lector comprenda el clima de «alusiones personales», de sobrentendidos y reticencias, que envuelve la polémica.

Algo que viene de lejos

Apenas llegado a Granada, los amigos me han paseado por la ciudad para descubrirme los viejos errores. Una y otra vez han comentado la inmensa diferencia entre la vieja Granada, la que se alza al arrimo de las pendientes, y la que, despersonalizada y agobiante, sin zonas verdes, sin estilo, a gusto de especuladores, va ocupando la que fue un día hermosísima vega. Pocas cosas, la verdad, valen la pena en esta nueva Granada, áspera, llena de polvo, sin relación ninguna con la vieja ciudad. Calles que podrían alzarse sobre el yermo igual que se alzan sobre lo que fueron estanques y tierras verdes a los pies de la Alhambra.

Llegados a este punto, se imponen algunas consideraciones sobre esa «falsa modernidad» que padece Granada desde hace mucho tiempo, y que ha sido combatida por algunos de sus hijos más lúcidos.

Es curioso, en efecto, que muchas gentes lleguen a creer que este urbanismo feroz, hijo de la especulación, es una expresión del «progreso». Lo que prueba, en definitiva, que el capital tiene en sus manos todos los instrumentos que permiten deformar y acomodar la mentalidad de los consumidores. El concepto de desarrollo y el de progreso se conforman según conviene a los intereses de un sector, que acaba haciendo de sus beneficios un «servicio a la comunidad». Andar por la vieja y por la nueva Granada, pasar del Albaicín —pese al abandono de algunas de sus partes— a la avenida del Almirante Carrero Blanco supone hacerse una serie de preguntas íntimamente ligadas con el tema que nos ocupa. Porque, sin duda, los grandes desastres urbanísticos de nuestro tiempo son correlativos —y posibles— de una orientación que tiende a presentar lo «nuevo» como progresivo y, sistemáticamente, lo «antiguo» como regresivo. Planteamiento, pienso yo, que ha sido absolutamente necesario establecer para que todo el gran negocio fuera posible. Lo «antiguo» era a menudo un obstáculo a la especulación, y el concepto serio de desarrollo, la idea dialéctica de proceso, han sido sustituidos por una moral de nuevo rico, que es exactamente la que necesitan los propietarios de solares, los constructores y los fabricantes de tanto objeto inútil.

laia

¡BEST-SELLER EN FRANCIA!

Una lección de historia contemporánea, apasionante como las mejores novelas de aventuras.



LA ORQUESTA ROJA GILLES PERRAULT

Trepper, «El Gran Jefe», dirigió la red de espionaje anti-nazi más efectiva de la II Guerra Mundial: comunistas clandestinos, militantes de la III Internacional, resistentes de todas las tendencias participaron en *La Orquesta Roja*, el enemigo más temido y odiado por Hitler.

En la misma Editorial:

LOS S.S. TIENEN LA PALABRA V. y L. Pappalettera
(Colección Papel 451)

CARTAS DE CONDENADOS A MUERTE Varios
(Ediciones de Bolello)

Pedidos a
DISTRIBUCIONES DE ENLACE
Ballén, 18 - Barcelona-10



EXPOSICION DE JUAN DE ECHEVARRIA EN EL BANCO DE BILBAO

CALLE ALCALA, 16 - MADRID

DE 9 A 2 Y DE 5 A 8

¿QUE PASA EN GRANADA?

Granada, encerrada en sí misma, vive el problema en términos extremos. La idea de una «nueva» ciudad a costa de la «antigua» se inscribe en un pleito económico —y, por tanto, cultural— que tiene el Carmen de los Mártires como su último capítulo. ¿Cómo es posible, se preguntan los supuestos «progresivos», que haya quien no entienda que un hotel de cinco estrellas, construido donde sea, será un bien para Granada? Para qué sirven ahora los Mártires, escasamente frecuentados por el pueblo granadino?

En las encuestas y trabajos al respecto es posible descubrir frecuentemente el equívoco. Si, por ejemplo, comparamos las palabras de Luis Rosales, tronando contra el posible hotel como fuente de una circulación atentatoria al silencio de la Alhambra, con las de quienes lo sitúan dentro del «desarrollo» granadino, se diría que Rosales es el aristócrata, el esteta anacrónico, y los segundos quienes verdaderamente «están al día». El espejismo es tal que no sería aventurado sostener que muchos «prohotalistas» lo son por creer que esa es la posición práctica frente al idealismo rancio de los que hablan de la belleza del Carmen de los Mártires, de sus valores históricos o de la necesidad de defenderlo como patrimonio público.

Conviene tener muy claro que este choque entre dos criterios culturales, entre dos imágenes de la vida social, nace de una exigencia económica precisa. Ha sido necesario convencer a la gente de que era más «moderno» vivir en el ensanche que en la vieja ciudad no sólo para vender los bloques de cemento, sino para torcer el lógico crecimiento de Granada, que debió ser lateral, manteniendo en lo posible cármenes y pequeños volúmenes a distinto nivel, en lugar de orientarse —sin más razón que la posibilidad de sacarle un mayor rendimiento a cada metro de solar— hacia la horizontal y un día vega apacible.

Una nueva mentalidad

A Fernández de Bobadilla le han acusado algunos —concretamente en el semanario «Editor»— de lanzarse contra el proyecto del hotel, tras haber asistido pasivamente a su elaboración. «Editor» incluso apuntó veladamente la existencia de os-

curas razones personales —entre otras, el parentesco de Fernández de Bobadilla con los García Valdecasas, dueños de un carmen en trámite de expropiación, donde no se permitió la construcción de un hotel— para explicar la retardada oposición. Yo creo que, al margen de los «matices particulares», lo que revelan polémicas como ésta es un paulatino cambio en la mentalidad y la situación españolas. Durante muchos años la especulación se ha beneficiado de la falta de crítica a la Administración. En el campo concreto de la Administración local y del urbanismo la crítica ha sido escasa y a veces incluso se ha tomado como pretexto para el ejercicio «ejemplar» de autoridad. Ahora, sin embargo, dentro del clima general del país, las cosas se han modificado un poco. Y cada vez son más los que se atreven a la crítica.

Es curioso que también en Sevilla reprocharan, a propósito de su Prado, al Colegio de Arquitectos una diligencia largo tiempo no ejercida. ¿Por qué —venía a ser el argumento— el Colegio había tolerado tantos desmanes y no toleraba éste? Y los había quienes veían en la pregunta un argumento para que las cosas siguieran como siempre.

Pienso yo que buena parte de la reciente historia urbanística de Granada puede explicarse dentro de las mismas coordenadas. Lo que antes no era criticado o se quedaba en las tertulias pasa a ser materia de periódicos y revistas. Y si el hecho de estar descuidado el Carmen parece a los más viejos un argumento para construir el hotel, otros lo consideran un cargo contra el Ayuntamiento. ¿No eran, ¡al fin!, los Mártires un parque de Granada? Pues que lo cuide «quien deba hacerlo».

Nada tiene de extraño que más de uno haya citado la reciente tala de la avenida de Calvo Sotelo. Se diría que con la «resistencia» al hotel se quiere salvar los Mártires, pero, más aún, enterrar una larga y humillante pasividad ciudadana en materia de urbanismo. Como si hubiera llegado la hora de decir «basta» y conquistar una participación real en los debates que afectan a la transformación de Granada.

Un paseo por Granada

Señalar la belleza de la vieja Granada es innecesario. A fuer-

za de evidente se ha convertido en uno de los lugares comunes del mundo. Sin embargo, un paseo sosegado por sus calles descubre muchas soluciones desconcertantes. La ciudad «con alma, con tono y con estilo», de que habló Gallego Burín, sigue siendo una ciudad agredida por el proceso de «renovación». Volúmenes y estilos arquitectónicos desajustados al resto de la calle. Plaza a la que se ha hurtado una mitad para dedicarla a aparcamiento oficial. Avenida de Calvo Sotelo, cuyos árboles acaban de ser talados para mejorar una circulación que seguirá limitada por la inamovible anchura de los accesos al nuevo «bulevar». Rincones sucios y abandonados en el admirable Albaicín. Panorama de la catedral obstruido por el edificio del Banco de Granada. Descuido y basura en torno a la cruz que recuerda el lugar en que fue ajusticiada Mariana Pineda. Inmensa antena, aparatosamente visible, junto a la ermita de San Miguel. Reformas que despersonalizan muchas plazas y rincones...

Gallego Burín, en un discurso del 43, que pronunció siendo alcalde de Granada, evocaba el proceso destructor de su ciudad. Ciertamente no era siempre objetivo. Y así, mientras pasaba por alto el hecho de que el palacio de Carlos V hubiera implicado la demolición de una parte de la Alhambra, o minimizaba el que los Reyes Católicos se apresuraran a construir iglesias donde estaban las mezquitas, echaba a las leyes desamortizadoras la culpa de la destrucción de los monasterios en el XIX. Pero, aún así, es obvio que Gallego Burín comprendió muchos de los peligros de esa Granada que, en irónica y aguda frase de Ganivet, se «ensanchaba por el centro», autodestruyéndose, en lugar de crear una ciudad nueva, bien comunicada con la antigua y armónica con los nuevos tiempos.

Ciudad sin parques, de zonas verdes confiadas a los cármenes, con el equilibrio nacido de la acomodación de las calles a la topografía, el «desarrollo» de Granada coloca a la ciudad ante el peligro de convertirse en una realidad urbana despersonalizada al pie de la Alhambra, con algunos monumentos notables desperdigados. Dejemos ahora a un lado a Ganivet y a Federico García Lorca, cuyos testimonios nos vienen a la memoria. Al fin y al cabo, son testimonios hipersensibles de



Iglesia de la Magdalena, obra de Alonso Cano. Delante, la cabina telefónica. Una muestra del falso conflicto entre la tradición y el «progreso». ¿No hubiera sido más lógico construir la cabina telefónica en otro lugar próximo?



Junto a la ermita de San Miguel, punto de referencia del paisaje granadino, la disonancia aparatosa del elemento televisivo. ¿Será el proyectado hotel del Carmen de los Mártires un nuevo choque entre la tradición y el «desarrollo»?

gentes que amaron a Granada hasta reinventarla. Volvamos a Gallego Burín, alcalde, hombre realista, de «después de la guerra...».

«... Si hubiese continuado el camino emprendido (alguna ventaja han de aportarnos nuestra apatía y lentitud) nadie hubiera conocido Granada a la vuelta de unos años. Sólo habría quedado en pie el perfil de su Alhambra, presidiendo —como un fantasma de luz y de sangre— el panorama de unas ruinas sobre las que se habría asentado una nueva ciudad, ramplona y sin carácter, con anchas calles y muchos edificios de cemento...».

El alcalde se las prometía acabar con ese riesgo. Pero, bien mirado, Granada está cada vez más cerca de lo que Gallego Burín enunció como una pesadilla. Incluso, en algún aspecto, tal pesadilla va siendo rebasada. Porque el Carmen de los Mártires, parte de la mancha verde de la Alhambra, pertenece al Ayuntamiento, y es el propio Ayuntamiento quien esgrime las razones utili-

tarias del hotel que allí quiere levantarse...

Un informe por José Cazorla

No hace mucho apareció un interesante trabajo de José Cazorla (en «Informaciones») que incide directamente sobre lo que andamos tratando. No será la construcción de ninguna avenida la que marque el «progreso» de Granada. Tampoco la creación de varios centenares de puestos de trabajo en un hotel lujoso puede ser respuesta coherente a las profundas causas de la emigración y del paro. Probablemente, tales y afines conquistas no hacen sino enriquecer más y más al sector privilegiado de Granada. El problema socioeconómico de toda la Andalucía Oriental —y, por lo tanto, también de Granada— es muy grave, y su solución nada tiene que ver con ese urbanismo triunfalista que tiende a presentarse como signo de «prosperidad general».

En su informe, entre otros datos, citaba Cazorla los siguientes:

«1. En el conjunto de la región, mientras el 48 por 100 de los propietarios tienen sólo el 2,3 por 100 de la superficie (en explotaciones de menos de una hectárea), el 2,2 por 100 de los propietarios acumula el 42,2 por ciento de la superficie. Y los incrementos habidos en las rentas "per cápita" no se deben a una mayor producción, sino, simplemente, a la elevación de los precios y la disminución de la población.

«2. Como consecuencia del subdesarrollo se produce la emigración. Andalucía Oriental tiene en este momento un millón de habitantes menos de los que hubiera tenido sin la emigración.

«3. Mientras en el quinquenio (67-71) se han gastado en España unas 1.150 pesetas por habitante en construcción de carreteras, la cifra ha sido sólo de 200 pesetas, aproximadamente, en Jaén, Granada y Almería».

Reproduzco estos datos, porque son ellos y otros afines, antes que la construcción de un hotel o de una avenida, los que reflejan una realidad socioeconómica cuya transformación se hace necesaria. Son estos y parecidos datos los que expresan las limitaciones de un amplio sector de la sociedad popular andaluza. Y sólo a partir de su modificación podrá hablarse de una «modificación real», de un «desarrollo general», de Granada. El cambiar un parque público por un lujoso hotel de cinco estrellas, puede ser —por más que se ganen unos cuantos puestos de trabajo— una manifestación más de ese oscuro panorama descrito por Cazorla y por diversos sociólogos y economistas.

Voces granadinas han salido en defensa del Carmen de los Mártires. Desde aquí sólo aspiramos a potenciar —buscando el bien común— la polémica y favorecer las soluciones más correctas. Para muchos turistas que suben a la Alhambra, con el libro de Washington Irving bajo el brazo y la canción de Agustín Lara en la memoria, Granada puede ser solamente un carrito de fotografías. Para los españoles, sin embargo, Granada es bastante más. Y muchos pensamos que su urbanismo, el espíritu con que resuelva los innumerables problemas de su ensanche, estará siempre en proporción directa al progreso y nivelación de su estructura económica y social. ■

J. M.